

No tan inocente

Ríos de tinta han corrido desde la publicación de la autobiografía de un notable escritor cuyo nombre prefiero no escribir (sólo diré sus iniciales: G.G., que mereció el Premio Nobel de Literatura y que no publica en estas páginas).

En esa autobiografía “Pelando la cebolla” (Beim Häuten der Zwiebel), reconocía haber integrado las feroces SS (no es su Seguro Servidor), una organización militar y de seguridad del Partido Nacional-socialista Alemán de los Trabajadores o Partido Nazi.

Que tenía 17 añitos, que le seducían los uniformes, que no sabía, que su cargo era administrativo, que desde su escritorio sólo veía la pared, que no sabía, que tiene un amigo judío, tales fueron algunas de sus explicaciones.

¿Debe ser un escritor el modelo de la sociedad que integra?

¿Cuáles faltas del pasado son perdonables y cuáles no?

¿Es obligatoria la sinceridad del literato?

¿Debería pedir disculpas?

¿Debería llamarse a silencio? ¿Y Sábado? ¿Y

*¿Debe ser un escritor el modelo de la sociedad que integra?
¿Cuáles faltas del pasado son perdonables y cuáles no?
¿Es obligatoria la sinceridad del literato?
¿Debería pedir disculpas?*

Milagros

Llegué a casa cargada como siempre. Las bolsas para la comida, el abrigo que a esa hora caliente y húmeda de la tarde se había vuelto totalmente inútil, el paraguas por las dudas, la cartera repleta de cosas que pasivamente me acompañan por la vida, mi agenda siempre a mano y un pote de helado para Milagros.

Escuché su correteo juguetero ni bien oyó la puerta, la vi esconderse tras el armario del comedor como cada vez que vuelvo de la oficina, y empecé el juego de llamarla con aire desesperado, como si no supiera dónde cristo se habría metido mi niña -y aquí la frase mágica-: “y yo que le había traído eso que tanto me pidió a la mañana, que esta vez sí podía comerlo antes de cenar...”

Entonces apareció, muerta de risa, con los ojitos clavados en el postre que me arrebató, y nuevamente salió corriendo, sabiendo que todos mis sentidos la seguirían para no perderme ningún detalle de su agitado día, dedicado íntegramente a sanar a la tortuga y a sus peluches de los recurrentes dolores de panza e incómodos caprichos, aunque lo más grave parecía haber sido el enojo de la rubia flaquita y articulada a causa de un cambio de ropa que no le había gustado.

Abrí la agenda con cuidado de no morder con el cierre el papel donde había anotado unos datos. -Tengo que aceptar este viaje -pensé- es una buena oportunidad,

el Frepaso?

Estas y otras preguntas ha generado la confesión de G.G. entre los más diversos opinadores, y tantísimas certezas, a favor y en contra, de las plumas más lúcidas que se pueden leer.

Pero todavía no se sabía toda la verdad. Faltaba un dato importantísimo.

Cualquiera que haya leído la imperdible (1.478 páginas en 4,700 kgs de libro) autobiografía del escultor lapón Aiko Kempäinen descubrirá que la ofensa de G.G. es tanto mayor que la que reconoce.

Es que Kempäinen en aquel bodoque publicado en 1963 titulado “Pelando la banana” (Beim Häuten der Banane) reconoce haber militado, con ingenuos 25 años, en la “Troupe de las blusas salmón”, facción más radicalizada de los saamis conservadores.

Comparando ambas confesiones se obtienen coincidencias imposibles de soslayar. La presunción deja mal parado a G.G., acaso ya cerca de que se lo disculpe por sus pecados juveniles, pero tan, tan lejos de que se lo perdone por el plagio.

Roberto Gárriz

un par de semanas es mucho tiempo pero todo va andar bien.

Tenía que llamar antes de las ocho para confirmar. Cerré la agenda y memoricé el número. En un rato Milagros volvería a jugar en su habitación, quise esperar para llamar tranquila. Pero tardó como dos horas en comer el helado, y le llevó una eternidad descubrir e inventar cierta cantidad de sonidos chirriantes friccionando la cuchara contra todas las paredes del envase. Hice un café.

Cuando la vi chupándose los dedos, apunté con el teléfono para el lado del baño, señalándole el recorrido hasta el lavamanos. Se fue estirando el vestido, dejando unas gotas blanquecinas y pastosas por el piso.

El número que quería marcar se me fue de la cabeza. Saqué de nuevo el papel de la agenda, y en ese mismo instante, una catarata de agua y crema americana cayó sobre mí. Mis anotaciones quedaron absolutamente ilegibles.

-¿Qué hacés, Milagros?- le pregunté mientras secaba con mi camisa su boca y mi cara y sus brazos y mis medias y sus pies y mi agenda.

-¿Hacemos la torta de manzanas? -me contestó.

-¿Cuál, la de las persianitas? - le sonreí.

Nora Martínez

Año II - Noviembre 2007 - Número 16

Muestra gratis

www.odradek.com.ar

domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- Bueno, ¿cómo te llamas?

- Odradek- dice él.

- ¿Y dónde vives?

- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Sobre la palma de mi lengua

La canción pop escapa a dos de los mayores males del Occidente moderno: la sinceridad y el arte.

En efecto, las canciones pop no pretenden hacerse pasar por lo que no son: no son, ni parecen, canciones con “mensaje”; no son, ni parecen, canciones “sinceras”, no son, ni parecen, interioridades expuestas, almas en pena. No son, ni parecen, la sangre del cadáver de tantos torturados poetas.

Más aún, inclusive cuando el pop se refiere a los sentimientos, su banalidad es escandalosa: “Murmullo descuidado” (de Wham!) dice “nunca voy a bailar de nuevo, los pies culpables no tienen ritmo”. Es una canción ñoña: todo lo que dice una canción pop ya fue dicho antes (y mejor, y más seriamente). En este sentido, la canción pop es un arte combinatorio (como todo arte) que no esconde su condición. Estética industrial, pero también estética incrustada en lo industrial, es transparente: no hay sujeto detrás de la música, no hay, en este sentido, más que transparencia en la música pop.

Por eso, por su condición superficial, la canción pop es fácilmente serializable (de ahí, en parte, su éxito industrial), pero imposible de parodiar (y por eso el grupo “Pop!”, de *Letra y música* es menos una parodia que un homenaje): no hay nada detrás de la canción pop que pueda exhibirse como presupuesto o ironía, entre otras cosas porque la canción pop nace vacía de contenido. Fue la moral, no el buen gusto, lo que derribó a Michael Jackson; fue el ego (pura profundidad), no el absurdo (de sus letras, de sus videos) lo que destruyó a Talking Heads; fue la moda, no la parodia lo que destruyó la carrera de la adorable, la siempre llorada, Cyndi Lauper.

Se trata, claro de un arte de superficie. Es imposible reflexionar

sobre las letras de Michael Jackson o de Madonna (dos de los más grandes artistas de la segunda mitad del siglo pasado): son lo que dicen, apenas se les puede cantar, apenas se les puede bailar. Así, no importa quien canta, cantó alguien.

Y es por eso que la canción pop es la más pura forma de la alegría (que no es lo mismo que la felicidad) o de la tristeza (que no es lo mismo que el infortunio) que ha dado el siglo XX. Bloques de afecto imposibles de diseccionar, en su momento de gloria (los Beatles, Madonna, Miranda!, Charly García, Talking Heads), las canciones pop nos reconcilian con la

cultura. Es por eso que resulta intolerable para quienes creen que lo más recomendable para el individuo es el estado de alerta constante, la profundidad de la reflexión. Insomne, el individuo consciente de los males del mundo debe velar por su futuro y el de la cultura, siempre al borde de la disolución. El problema, claro, es que ese camino lleva a la mistificación de esa misma disolución, a la que conjura y corteja. Se acusa entonces a la canción pop de banalidad y escapismo, de calculado engaño de la industria cultural.

Nada hay en el pop, sin embargo, que no sea

honesto. La brutalidad de su ritmo y sus letras no admite otra cosa que la suspensión de la subjetividad y de las pretensiones del arte. Es una estética que nos libera de las serviles timideces cristianas y de las supercherías del yo. En su pura superficie, el pop nos dice con la mirada impávida de Buster Keaton, que todo es texto y mercancía, y que nada hay detrás de esto. Verdadero arte antihumanista, la canción pop es, también, el único arte de barricada posible.

Ezequiel De Rosso



“El pintor” - Nora Martínez

La prima Vera

Vera, la prima de Chacabuco, vino a estudiar a Buenos Aires, cuando no tenía -como dice el tango- quince primaveras.

Compartimos la habitación de un departamentito que mi padre me había alquilado en Corrientes al 2100, al que se entraba por una galería comercial.

La habitación tenía dos camas, le cedí la mitad del ropero que había sido de mi abuela y un estante de mi biblioteca para sus pocos libros. Por la noche, hablamos de una cama a la otra y en una de esas me dijo que necesitaba una maquinita de afeitar.

No era para las piernas, eso ya no se usaba. Me reveló que se afeitaba adelante desde que le habían aparecido los primeros signos de lo que podría haber llegado a ser un sedoso monte de venus, a juzgar por ese pelo tan suyo.

Pero a los chicos no les va a gustar, dije para tantear la oscuridad de su cabeza. Respondió que no pensaba entregar eso antes de casarse, que se conformaran con la cola.

Con una voz que al ser invadida por el deseo amenazaba con desaparecer le dije que le dolería. Respondió que lo había hecho muchas veces y le dolió la primera vez y que después nada.

Iría por detrás, para entrar por delante. Me deslicé en su cama, me hizo lugar y giró para quedar de espalda, curvada como un trazo de caligrafía. Cucharita, susurró. Yo quería más bien ser cuchillo, algo punzante. Detrás sí, pero por delante no. Con un movimiento rápido me eludió, insistí y se negó. Tuve que conformarme. ¿Adelante nada?, pregunté con voz tenue. Un dedito, la lengüita, nada más, respondió con voz modosa. Dócil, acepté. Pero así te gusta más. Por fuera sí, por dentro no.

Al rato volví a mi cama, como algunas otras noches le relaté el proyecto de un cuento. Al poco tiempo mi tío la obligó a volver a Chacabuco. Nos despedimos con lo que Vera llamaba sexo oral recíproco.

Como tenía tres años más que ella mi tío me acusó de haberla pervertido y dijo que iba a matarme cuando viniera a Buenos Aires. Después se le pasó, por suerte.

Germán García

Fierro en fotograma

Hoy vi por la calle un afiche que anuncia el estreno próximo de la película *Martín Fierro*, cuyos dibujos estuvieron a cargo del recordado Roberto “Negro” Fontanarrosa. Me quedé un rato parada frente a la marquesina, pensando a quién le está dedicado el homenaje: si a Hernández, al gaucho o al canalla más famoso de estas tierras cisplatinas. Aún no encuentro la respuesta, pero sí al menos un tema para que el editor de esta revista no me sancione haciéndome escribir una nota sobre las nuevas tendencias en Palermo Queens (ex Villa Crespo), de las cuales estoy bastante al margen, como se imaginan los lectores.

Que el poema gauchesco llegue a la pantalla grande convertido en dibujo animado tiene sus ventajas: que el libro salga de la mesa ratona, si es de esas ediciones con tapas de cuero y dibujos de Castagnino; que baje del último estante de la biblioteca donde comparte polvo con *Raucho* de Güiraldes y *Una excursión a los indios Ranqueles* de Lucio V. Mansilla; que deje de ser soporte de la pata de la cama, lugar que le fue

Más allá de las lecturas políticas que puedan hacerse al respecto, la iniciativa de masificar un texto pensado para las masas (paradojalmente convertido con los años en un objeto de culto anche no de cultura) no está nada mal.

adjudicado azarosamente una noche mientras se miraba alguna serie de Warner Channel; y, claro, que la gente vuelva a leerlo, aunque sea para saber de qué se trata “la peli”.

Más allá de las lecturas políticas que puedan hacerse al respecto, la iniciativa de masificar un texto pensado para las masas (paradojalmente convertido con los años en un objeto de culto *anche* no de cultura) no está nada mal. Pues -como decía Fierro- *son dichas mis desdichas,/las de todos mis hermanos;/ellos guardarán ufanos/en su corazón mis historia;/me tendrán en su memoria/para siempre mis paisanos*. Tal vez no se genere en este caso la efervescencia que provoca el estreno de la última *Duro de matar*, pero intuyo que varios probarán las confortables butacas de los megacines para escuchar algunos de los consejos del Viejo Vizcacha o para ver al gaucho conmovido contar la muerte del Sargento Cruz, verdadero “amigo de fierro”. Por otra parte, que las nuevas generaciones sepan que José Hernández no es solamente una calle del barrio de Belgrano o un premio de APTRA tampoco es poca cosa, ¿verdad?

Vanesa Pafundo

Yo lo había escrito

Yo lo había escrito. Le juro que lo había escrito. Pero el perro, el maldito perro se lo comió. Si bien tenía otra copia, me resultó más interesante lo que salió del perro que lo que había entrado. Y pensé en mandarlo, pero en ese momento se me ocurrió la idea de que, si realimentaba al animal con lo que él había generado a partir de lo que yo había generado, el producto resultante sería mucho mejor. Y de hecho lo fue. Fue mucho mejor que lo que yo había escrito al principio, y superaba notablemente a lo que había sido procesado sólo una vez. Pero mientras leía el resultado se me ocurrió que si hacía pasar una vez más al texto por el perro, éste (el texto) sería infinitamente mejor. Y ahí se me hizo necesario adoptar un criterio para determinar cuántas veces debería “canizar” el texto para obtener el mejor texto jamás escrito. Consulté diversas fuentes en Internet y determiné que ese número es doce para perros caniches y cuarenta para perros de otras razas. Empecé entonces la tarea de reciclar el escrito hasta alcanzar el número óptimo (Sultán es un collie). Fui notando cómo la historia que se trataba al principio de un director de cine que pierde la vista justo antes de

comenzar a filmar una película se convertía en la de un jugador de ping pong inglés. Pero el ping pong dio lugar, al cabo de un par de pasadas, a la de un músico de jazz admirador de Django Reinhart, para luego convertirse en las memorias de un escritor maduro al cual sus personajes vienen a reprocharle cosas, historia que a su vez se convirtió en la de un hombre que es despertado en el futuro, en medio de una increíble revolución. Alta fue mi sorpresa cuando leí la historia de una república bananera en manos de un dictador judío y estadounidense. Y eso era recién en la pasada número treinta. Aún me faltaban diez pasadas para llegar al texto óptimo... pero Sultán no aguantó. Me miró fijo, puso un gesto duro y cayó muerto. Mi pena fue tremenda, pero me pareció que lo menos que podía hacer era tratar de recuperar ese texto. Con todo el dolor de mi alma introduje el cuchillo entre las costillas de Sultán, pero sólo pude sacar algunas frases sueltas como “...cambiaba su forma de acuerdo a lo que tenía alrededor” o “...en una entrevista con Leonard, la doctora Fletcher logró...”.

Mariano Quintero

Dientes

Tiene una ventanita en la boca. Eso le da un aspecto cómico. En los últimos meses fue perdiendo los dientes de leche. Los de arroz le van creciendo lentamente. Pero a veces, como ahora, hay zonas de su boca que están así, despojadas, y los restos de comida se hunden en los agujeros de las encías. Y putea porque no puede sacárselos. Y escupe. En cualquier lugar, escupe. En la calle, en el cine, en la escuela. Otra cosa desagradable que hace es limpiarse la nariz y los labios con la ropa. Levanta la remera a la altura de la cara y se suena los mocos, por ejemplo. Yo lo reto y le pido que deje de comportarse como un animalito pero él me responde que todos somos animales: -somos mamíferos, Ari, -me dice.

Ariel Bermani

Cada vez se le hace más difícil masticar los palitos de la selva. Los alfajores le embarran la boca. Se ríe mucho. Todo le causa gracia. Siempre. O casi siempre. Pero no hoy. Hoy no fue gracioso.

-Bípedos implumes,- le digo.
-Qué cosa, -contesta.
-Bípedos implumes.
-Tu abuela.

Cada vez se le hace más difícil masticar los palitos de la selva. Los alfajores le embarran la boca. Se ríe mucho. Todo le causa gracia. Siempre. O casi siempre. Pero no hoy. Hoy no fue gracioso. Cuando lo fui a buscar al colegio lo vi con la cabeza gacha. La maestra lo tenía abrazado pero era una abrazo fingido, como si quisiera retenerlo para que no se escapara. Enseguida me di cuenta de que algo estaba mal. Ella empezó a contarme los hechos, él miraba el piso y yo me preguntaba si van a permitir que el año que viene el Ponchi

continúe en esa escuela.

-Le dimos un montón de oportunidades -dijo la maestra y yo reconocí que es así. Es cierto, le dieron un montón de oportunidades.

-Tengo que hablar con la directora y con la psicopedagoga- dijo. La directora es simpática, estilizada, de jean. La psicopedagoga usa el pelo cortito, es amable, le gustan los libros de Bucay y del otro, el brasilero ese -ahora no me acuerdo cómo se llama-. Estamos en las manos de esas tres mujeres.

-Qué hizo- pregunté y me acordé del agujero de sus dientes. Le voy a abrir nuevas ventanas, pensé, muchas ventanas, le voy a bajar los dientes.

Ariel Bermani

Le bajo los dientes -dije, levantando la voz, y la maestra me miró desconcertada. -Con un compañero taparon las piletas del baño con papel y abrieron las canillas -dijo-. Inundaron todo.

El Ponchi levantó la vista y se defendió:
-Yo no fui -dijo. Me dieron ganas de fajarlo y de cagarlo a besos y de escapar de ahí, rápido y de estar a solas con él y preguntarle por qué hace esas cosas, qué es lo que espera de la vida. Pero sólo dije, repetí, que le voy a bajar los dientes. Él metió las manos en los bolsillos, me miró de reojo y -lo juro, lo juro-, sin que la maestra se diera cuenta, me sacó la lengua. Pasó apenas la punta de la lengua por el huequito de los dientes.

Ariel Bermani

Por la vuelta

normalidad.

Unas horas después, agachadas las dos frente al anaquel de los diccionarios que nunca tocamos, Betty me dijo en un susurro la frase que todavía resuena en mi cabeza y que repetí después mil veces frente a todo el personal: “Tuve como una iluminación, como una especie de claridad, como que de repente se acomodaba todo.” Y a continuación, con una agilidad desconocida, se puso de pie y me dejó mirando desorbitada el detalle de sus zapatillas sin cordones, que habían suplantado sin aviso a los consabidos tacos chinos de color crema.

Después de eso, no quedó mucho por explicar ante la salida elegante y un poco displicente con la que Betty nos ha dejado

Las primeras palabras

Yanina Bouche

iMmmmmhhh Aaaaahhh!
La puta que lo parió.
Ay.
No, no tengo.
Permiso, permiso.
Es que no entramos.
¿Bajás?
¿Baja señor?
¡Permiso!
Correte boludo...
¡Qué boludo!
Permiso.
No, no tengo.
Buen día, una de esas de mentol, ¿cuánto es? Gracias.
Buen día.
Buenas.
Buen día.

Y después sigo hablando cada vez más. Como si fuera tomando impulso para alcanzar la cima a eso de las 17. Pero ya son pavadas.

Yanina Bouche

Yanina Bouche

Yanina Bouche

Yanina Bouche

Yanina Bouche

Yanina Bouche

Yanina Bouche

Yanina Bouche

Yanina Bouche

Yanina Bouche

abandonados desde hace tres días, con un contestador que repite que se encontró a sí misma y que es mejor que no la busquemos. .

Parece ser que de fondo, como si alguien le estuviera susurrando el parlamento, se escucha decir que Betty le va a poner el cuerpo a algún asunto y que no es posible por lo tanto estar en dos lados a la vez, ni siquiera consigo misma. Por ahora, los suspiros con los que alternamos el té de la mañana, nos sumen a todos en una espera silenciosa e intuyo que el semblante amarillento del referencista se debe a no poder saber a ciencia cierta si Betty ha salido a buscarse, o si ya se encontró, y es por eso que no está en nuestro horizonte.

María Martha Gigena